

ta. Sólo una ejecución perfecta ha podido conseguir que el público, primero, y nosotros, después coloquemos en el catálogo de las cosas notables y nuevas la representación de una ópera tan puro traída y llevada, que la silban los pilluelos y la repiten los organillos. El Teatro Real muere como el cisne entonando su mejor canto para despedirse del mundo. La empresa de los Elíscos, a la que antes se ofrecía el camino llano y agradable, tendrá que hacer bastante para luchar con este recuerdo.

La temporada filarmónica empezó con *La Africana* y acaba con la magnífica ejecución del *Trovador*, de la cual hablarán por mucho tiempo los *dilletantis* cortesanos. «*Comincia bene e finisce meglio.*» Esto decía Rosini a un músico que le preguntaba el secreto de sus triunfos. El Teatro Real, sin embargo, ha seguido la regla del preceptista, sin que por eso pueda asegurarse que los abonados se reunirán para cóstearle una corona de laurel a la empresa. ¡En el largo paréntesis que forman *la Africana* y *El Trovador* hemos asistido a tantas catástrofes!

B UEN principio ha tenido la semana última.

¡La ofensa hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la *Covadonga* está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que deseábamos comenzar la revista de una semana con esas frases. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política interior, esperábamos la compensación en una poca gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.

Ha bastado que el Gobierno dejase al jefe de la escuadra español a la libertad de obrar enérgicamente para que la guerra de un gran paso hacia su término. La firme persuasión



de que se podría concluir en un momento dado ha influido sin duda alguna en el exceso de consideraciones diplomáticas que vienen dificultando y entorpeciendo la resolución de este asunto desde que se planteó en el terreno de la fuerza. El acto de energía que hoy aplaudimos todos, llevado a efecto hace algunos meses hubiera dado a estas fechas resultados tanto o más ventajosos que los que han tocarse a consecuencia del bombardeo de Valparaíso. Sin embargo, más vale tarde que nunca. Puestos una vez en este camino, la marina española, cuya pericia y arrojo se han hecho evidentes, sabrá ganar el tiempo perdido, probando a los que todavía abriguen alguna duda respecto al particular que el no haber humillado antes a nuestros contrarios, tomándonos por nuestra mano la justicia y la reparación que nos niegan, ha sido más sobra de longanimidad y consideraciones que falta de valor y medios.

Transmitida a Europa la noticia de tan importante acontecimiento por medio de telegramas, carecemos aún de detalles. Se ha hablado de protestas por parte de los representantes de algunos países, y aun se ha llegado a decir que el de los Estados Unidos trató de impedir por medios materiales el bom-

bardeo de la ciudad. Respecto a lo primero, nada más natural que algunas de las potencias interesadas en conservar los intereses comerciales de sus súbditos tratasen de reproducir sus gestiones anteriores en este sentido; en cuanto a la protesta acompañada por las vías de hechos del representante de los Estados Unidos la creemos completamente inverosímil. Los enemigos de España, que no son pocos, incansables en su improba tarea de tejer falsedades, han querido tal vez empañar la alegría de nuestros compatriotas, presentándonos como resultado de la gallarda acción del señor Méndez Núñez la proximidad de un conflicto con una potencia marítima tan importante como la norteamericana. Pero su afán es inútil; ni sus artificiosas mentiras ni el amaño y la falta de buena fe de los documentos oficiales de las repúblicas enemigas conseguirán esta vez disminuir las proporciones del triunfo que han alcanzado nuestras armas. A los que tratan de suponer que se oponen grandes obstáculos a la prosecución de los planes del jefe de nuestra escuadra del Pacífico, responde el señor Méndez Núñez arrasando unos tras otros, todos los puertos importantes del litoral chileno para concluir su triunfal expedición posesionándose de las



islas Chinchas. A los que se empeñan en reducir la importancia del desastre de nuestros contrarios responderán los humeantes escombros de las fortificaciones y los edificios públicos de Valparaíso.

El golpe ha sido acaso tardío, pero cierto; según las noticias recibidas, se evalúa en veinte millones de pesos la pérdida material que han ocasionado nuestros proyectiles. Las fortificaciones han venido al suelo, la Aduana se ha desplomado, vastos almacenes han sido presa de las llamas.

Como el acontecimiento estaba previsto, la inmensa mayoría de sus habitantes habían abandonado la ciudad a la primera intimación del jefe de la escuadra española, y, por lo tanto, las desgracias personales han sido muchas menos que las que podría hacer presumir tan espantosa ruina.

¡Gran mes se presenta el mes de mayo! El almanaque parece que lo trata con cariñosa predilección, acumulando en sus días todo género de festividades cívicas y religiosas. El barómetro viene señalando desde que apareció un tiempo de verdadera primavera. Los sucesos se arreglan de modo que con cada fiesta parece que coincide una noticia del exterior agradable. Lástima que el metálico y nues-

tros asuntos interiores se empeñen, aquél escaseando y éstos enmarañándose, en que no tengamos dicha completa. Por fortuna o por desgracia, pues no acertaremos a decir si ésta es una buena o mala cualidad de nuestro carácter, entre nosotros las cosas se van tomando como van viniendo, y si a un día nublado y triste, lleno de preocupaciones, de inquietudes y de rumores alarmantes sucede otro espléndido y sereno, con un sol de oro en el fondo del cielo azul y un rayo de esperanza en el fondo del alma todo se olvida, todo se borra y no hay preocupación ni augurio infausto capaz de obscurecer un punto la alegría del momento.

Todas estas circunstancias parece que se han reunido por un acuerdo tácito, a fin de aligerar la atmósfera que a efectos de los acontecimientos políticos interiores y la pendiente y temerosa cuestión de Hacienda comenzaba a enrarecerse y a hacerse pesada. El pueblo de Madrid ha corrido, pues, este año con tanto o más gozo que los anteriores a posesionarse de la tradicional pradera de San Isidro, desde la víspera del día en que la Iglesia conmemora a su santo patrono.

Hay en España multitud de romerías, ferias y fiestas populares de este género, céle-



bres y dignas de la celebridad que gozan. A unas da fama el santuario junto a cuyos muros se celebran; a otras la hermosura del sitio, el lujo desplegado en su adorno o la riqueza y el número de las cosas que en ellas son objeto de tráfico. La romería de San Isidro, en Madrid, careciendo de todos estos perfíes, conservándose en el estado de sencillez más primitivo, es, no obstante, la más renombrada, y merece serlo. El fondo no vale la pena; pero los personajes del cuadro son inmejorables. Una pradera monótona, al lado de un río enclenque: cuatro ribazos parduzcos, coronados de una mezquina ermita. He aquí la decoración del inmenso entremés, cuyos personajes necesitaríamos la pluma de don Ramón de la Cruz para trazarlos. Y aun así nuestra tarea quedaría incompleta. Podríamos tal vez pintar una escena, dar idea de un diálogo, dibujar un grupo, sorprender uno de los rasgos característicos de los actores; ¡pero cómo abarcar aquel conjunto abigarrado y ruidoso, donde entre la nube de polvo y del humo de las buñolerías ambulantes, van y vienen, pasan y tornan, se empujan, se codean, se revuelven y se confunden éstos a pie, aquéllos en desvencijados alquilones, los otros en jarmelgos imposibles o en ómnibus de todas for-

mas, colores y tamaños una multitud compuesta de cientos de miles de personas, para quienes la romería del Santo Labrador constituye la más grande y hermosa fiesta del año? Los que han asistido a ella, por mucho que les digamos, encontrarán pálida la descripción; los que no la conocen sino de oídas mal podrán comprender lo que es la romería por nuestras palabras.

Al mismo tiempo que la fiesta de San Isidro llamaba a la multitud a las orillas del Manzanares, los jardines del Botánico abrieron sus puertas al público, inaugurándose la exposición de los objetos traídos del Pacífico por la expedición científica. No sin razón se suele decir que en Madrid hay gente para todo. En ciertas ocasiones parece, en efecto, que según se va necesitando va saliendo de debajo de las piedras. La pradera del Santo estuvo llena; los hermosos jardines en que tiene lugar la exposición no bastaban a contener las muchas personas que acudieron a visitar a el primer día. La exposición merece, en efecto ser vista, no sólo de los que aman la ciencia, sino de todos aquellos a quienes interesa, siquiera sea por sola curiosidad, cuanto se relaciona con los lejanos países en que sostenemos una dilatada y honrosa lucha.



GUSTAVO ADOLFO BECQUER

No es una revista del género a que ésta pertenece el sitio oportuno para la descripción detallada y científica de los innumerables objetos curiosos expuestos en el Botánico, ni el espacio de que podemos disponer lo permite, ni aunque lo permitiese la tarea es cosa fácil para hecha con sólo una ligera visita al local en que se encuentran reunidos.

Sólo diremos que, así por lo delicioso del paraje, como por la riqueza y la novedad de los objetos y el buen gusto y la inteligencia de que se ha dado muestra al exhibirlos, la exposición puede colocarse desde luego en el número de las más curiosas y dignas de un pueblo ilustrado e inteligente de cuantas se han celebrado en la corte.

Tiro el diablo de la manta y se descubrió el pastel. El Gabinete de las Tullerías comienza a enseñar la punta de la oreja de sus propósitos. En el que podríamos llamar período álgido de la cuestión austro-prusiana; cuando el telégrafo nos transmitía despachos terroríficos; cuando las columnas de los periódicos extranjeros bastaban apenas a contener las noticias belicosas y las bruscas oscilaciones de los valores públicos anunciaban la proximidad de la catástrofe, indicamos, aunque ligeramente, en nuestra revista que no sería difícil que esta vez, como otras muchas, todo se redujese al amago del golpe. La intervención de Italia en el negocio y la presunta aquiescencia del emperador de los franceses dieron a la guerra un carácter de probabilidad, que cada día se pronunciaba más con los anuncios de grandes y trascendentales combinaciones preparadas de antemano, y de



las cuales tenía a su cargo la dirección el jefe del vecino imperio, a medida de cuya voluntad se desenvolvían los sucesos que habían de traerle por último a la codiciada posesión de las que han dado en llamarse fronteras naturales de la Francia.

Todo parecía dispuesto para comenzar; todo estaba hábilmente previsto; los hombres políticos y las publicaciones más graves discutían apenas las probabilidades de la guerra, ocupándose en primer término de su resultado. Nosotros, a despecho de la general evidencia, aunque con intervalos de pasajeras dudas, seguíamos no obstante guardando un resto de desconfianza. Como el apóstol incrédulo, necesitábamos ver para creer. Teníamos al Austria, a la Prusia y la Italia, respectivamente, armadas y prontas a acometerse; pero necesitábamos oír el primer cañonazo.

Hace cerca de un mes que la Europa entera escucha con atención, esperando inútilmente oír ese primer cañonazo, y en el intervalo la diplomacia ha echado a volar la frase «Congreso europeo». Nuestra incredulidad no era del todo infundada.

El Congreso europeo de soberanos es el sueño favorito de Napoleón, la corona de sus planes. Hace años que la idea se cierne en la

atmósfera de la diplomacia sobre todos los grandes sucesos que ocurren. ¿Quién sabe si el aparato bélico desplegado en Europa en las circunstancias presentes, y el haber traído los sucesos hasta el punto en que se encuentran no habrá sido otra cosa que un ardid para empujar a los países que aún se oponen a su celebración hacia ese famoso Congreso de soberanos, verdadera panacea de los males que nos afligen en concepto del que lo ha concebido?

De todos modos la cuestión es indudable que acaba de entrar en un nuevo período. El discurso de Thiers pronunciado últimamente en la Cámara legislativa, desvaneciendo todo género de ilusiones acerca de soñados aumentos de territorio, que aún caso de verificarse traerían como resultado la unidad alemana, fatal a la política francesa, ha acabado de resfriar el espíritu público entre nuestros vecinos de allende el Pirineo, entre los que ya tenía la guerra pocos entusiastas. La misma Italia parece que no responde al llamamiento patriótico con todo el entusiasmo que debía esperarse. Aunque vago, se siente en el moderno reino el presentimiento de alguna catástrofe oculta entre las sombras del porvenir. Hasta ha llegado a aventurarse la idea



de que Napoleón, arrepentido de su obra, busca medios indirectos de deshacerla. Para nosotros la más segura garantía de la paz es la desconfianza que respectivamente abrigan unas para con otras las potencias de primer orden. La diplomacia ha perdido la pista; los Gabinetes europeos se sienten inquietos y recelosos ante la presencia de esa esfinge que oculta tenazmente su enigma y que se llama Napoleón. Ahora mejor que nunca podría aplicarse a la situación actual de Europa el título de la célebre comedia de Tirso: *Entre bobos anda el juego*.

Mientras por el Viejo Mundo las cuestiones oscilan a un lado y otro sin salir del mismo sitio, como la péndola de un reloj, en el Nuevo marchan nuestros negocios viento en popa, y según todas las probabilidades pronto la Mala del Pacífico nos traerá noticia de la excursión de la escuadra, que al mando del señor Méndez Núñez, se dirigía a la fecha de los últimos partes a recorrer, hostilizándolos, todos los puertos de alguna importancia de las repúblicas enemigas.

Apenas se ha entrado en el verdadero período de acción y de energía la cuestión de Chile y el Perú se ha presentado bajo una nueva faz. En punto a derecho internacional,

por más lamentable que esto sea, aún necesitan las reclamaciones más justas de la acentuación de algunos cañonazos para que se las entiendan bien. En tanto que nos hemos mantenido en el límite de las contemporizaciones, todo el mundo parecía negarnos la razón, todo el mundo se conceptuaba con derecho para añadir una dificultad más a las muchas con que luchábamos sin resultado en este asunto. A la luz de los fuertes incendiados de Valparaíso, las potencias neutrales han visto al fin las cosas más claras, y si seguimos aportando al debate razones del calibre de las bombas arrojadas a la ciudad enemiga, hasta los mismos chilenos y peruanos acabarán por conceder que tenemos sobrada razón. Ocupándose la Cámara inglesa recientemente de los asuntos del Pacífico, aunque tarde, se ha visto precisada a hacer justicia a nuestra patria. En su seno se han levantado hombres distinguidos por su talento y su posición oficial para pagar un merecido tributo de elogios a la conducta de nuestros valientes marinos, y particularmente del jefe que los guía. El señor Méndez, en quien desde luego colocó el país sus más lisonjeras esperanzas, y que por las cualidades de carácter, de entendimiento y de energía de que antes de ahora



GUSTAVO ADOLFO BECQUER

ha dado pruebas parecía llamado desde luego a desempeñar un papel brillante en esta ocasión, ha respondido a la confianza que en él depositó el Gobierno confiéndole tan elevado cargo, y ha sacado airoso las predicciones de los que le auguraban un porvenir glorioso. El público testimonio de la Cámara inglesa, que rara vez se excede en el elogio de las demás naciones, y la casi unánime aprobación de las publicaciones extranjeras, acordes en alabar la prudencia, la energía y la generosidad del jefe de la escuadra española y de los valientes marinos que están a sus órdenes deben llenarnos de legítimo orgullo.

A propósito de esta cuestión se refiere un día ogo que merece ser conocido. Parece que al cumplirse el término señalado por el señor Méndez Núñez para proceder al bombardeo se presentó en su cámara el comodoro americano, con objeto de hacer una última tentativa a favor del arreglo. Perdida la esperanza de conseguirlo, y no encontrando razones válidas que oponer a las que aducía el jefe de nuestras fuerzas navales en apoyo de su conducta, exclamó en tono interrogativo, después de un corto momento de pausa: «Y si en el acto de ir a romper el fuego me interpusiese yo entre la ciudad y la escuadra española,

PAGINAS DESCONOCIDAS

¿qué haría usted?» Méndez Núñez, sin sorprenderse, a pesar de lo inesperado de la pregunta le contestó con gran sencillez: «Comenzaría por echarlo a usted a pique y luego cumpliría las órdenes de mi Gobierno.» Ignoramos hasta qué punto el diálogo es auténtico; pero de lo que no podrá haber duda a ninguna de las personas que tienen idea del temple de uno de los interlocutores, es de su verosimilitud. Fuera de estos detalles, de la sesión de la Cámara inglesa y de los despachos telegráficos que se refieren a los proyectos de celebración de un Congreso europeo, nada encontramos en las hojas extranjeras que naturalmente deba ocupar un sitio en nuestra periódica revista, si exceptuamos las noticias que se refieren a la Exposición de Pinturas que acaba de abrir sus salones al público en París.

Ya hacía tiempo que las publicaciones relativas al arte que ven la luz en Francia se habían ocupado del excesivo rigor de que daba muestras el Jurado al recibir o rechazar los cuadros destinados a esta Exposición. La lamentable desgracia de un artista de mérito que puso fin a su existencia al saber que había sido rechazada su obra y las vivas discusiones a que ha dado lugar entre escritores de



arte distinguidos las inflexibles decisiones del Jurado, contribuían a excitar la curiosidad y el interés que naturalmente despierta una solemnidad de este género. A juzgar por los antecedentes, la Exposición de 1866 prometía ser una de las más escogidas y brillantes. Si hemos de dar crédito a las ligeras noticias que hasta ahora hemos podido recibir, las obras, en efecto, responden por su originalidad y por su mérito a la idea que ha presidido a los acuerdos del Jurado, el cual, juzgando demasiado corto el número de premios que han de distribuirse, se propuso que la admisión constituyese por sí sola una recompensa. Teniendo en cuenta estas circunstancias, hemos visto con verdadera satisfacción que en el número de los que han logrado esta señalada muestra de aprecio, se encuentran muchos de nuestros compatriotas, a los cuales felicitamos sinceramente. Ya que por dentro las cosas no anden tan bien como todos deseáramos bueno es que en el exterior procuremos ayudar la reacción favorable a España que poco a poco comienza a hacerse, la cual acabará de completarse cuando de un modo o de otro se logre inspirar en cuestiones financieras la confianza que ha tiempo tenemos perdida.

En tanto que los partidos y los hombres políticos disputan acaloradamente los medios que han de conducirnos a este resultado, las cosas siguen su acostumbrado curso en la coronada villa, donde en medio de las mayores preocupaciones siempre queda un resto de buen humor para templar lo agrio con lo dulce.

Las empresas dramáticas que terminan en este mes sus tareas, han tratado de dejar buenos recuerdos en el público, dándole a conocer al despedirse algunas obras de mérito de reputados escritores. El Circo, poniendo en escena la comedia del señor Coupigny, titulada *La paja en el ojo ajeno*, se muestra hasta el fin incansable en su tarea de ofrecer obras nuevas a sus favorecedores. *La paja en el ojo ajeno*, sin pretensiones de trascendental, es una comedia agradable por la sencillez de su fábula y los rasgos felices con que están delineados algunos de sus caracteres; estas condiciones de la obra, unidas a una ejecución esmerada, han conseguido llamar al público por espacio de muchas noches al teatro de la plazuela del Rey.

La comedia *Bienaventurados los que lloran*, al mismo tiempo que proporciona un nuevo y legítimo triunfo a su autor, el señor Larra, y



GUSTAVO ADOLFO BECQUER

a los actores que la interpretan, sigue manteniendo reunida en el teatro del Príncipe una escogida concurrencia de las damas más elegantes y bellas de la corte, que después de haber colmado de aplausos a Tamberlik en su última representación dada a favor de los pobres, se disponen (si el tiempo lo permite) a trasladar sus reales a los Campos Elíseos, que abren esta semana las puertas del teatro Rossini con *Roberto il diavolo*.

TENEMOS un pie en el dintel del verano y a las revoluciones atmosféricas siguen no importándoles un ardite los preceptos del almanaque. Y lo peor de todo es que si hemos de dar crédito al ya famoso astrónomo zaragozano, hay temporal para unos pocos días. Sólo una cosa nos consuela y nos mueve a dar crédito al antiguo adagio, que asegura que no hay mal que no venga para bien.

Si al comenzar hoy por segunda vez nuestra revista no pudiéramos hablar del tiempo, ¿con qué asunto hilvanaríamos a última hora estos veinte renglones, a fin de no dejarla decapitada? El tiempo viene siendo, desde la antigüedad más remota, el gran recurso para los que no saben qué decir, o no pueden decir lo que saben. No hay tema más manoseado, pero ni más socorrido.

Démosle, pues, gracias porque nos proporciona el modo de llenar un hueco, y ya que



respecto a los asuntos interiores no nos dejan ni repetir a la tarde lo que a todo el mundo dice por la mañana la *Gaceta*, mudemos de conversación y torzamos el rumbo.

Fijando desde luego la vista en lo que sucede en otros países, diremos que cuantas noticias se reciben del exterior vienen a justificar otro de los rumores políticos que comenzaron a adquirir consistencia cuando escribíamos la última revista. La idea de un Congreso, echada a volar en el punto en que Austria e Italia tenían ya levantado el brazo para descargarse un furibundo golpe, ha logrado hacer prosélitos, y las potencias interesadas en la cuestión, a semejanza del famoso vizcaíno de Cervantes, se han quedado con el brazo en alto esperando a otro capítulo la continuación de la historia.

Las tres naciones neutrales Francia, Inglaterra y Rusia, tomando la iniciativa en el asunto se han puesto de acuerdo para redactar los preliminares del Congreso, que bajo el nombre de Conferencia habrá de celebrarse muy en breve. Los Gabinetes de Austria, Italia y Prusia parece que han adoptado la idea en principio, y sólo se trata ahora de la actitud en que cada cual ha de esperar *l'ardua sentenza*. Si el Congreso cuaja, ¡qué

trunfo para la diplomacia, tan de capa caída de algunos años a esta parte! A nuestro modo de ver, el Congreso se llevará a efecto, se hablará mucho, se pondrá un puntal para que el equilibrio se mantenga un poco, no resultando de todo ello más que un nuevo arañazo a los tratados de 1815. La obra colosal de toda la Europa coaligada contra el tío, va desapareciendo poco a poco merced a la perseverancia del sobrino. Cada Congreso es una brecha que se abre; en cada Conferencia se le da un asalto. Víctor Hugo dice en su última novela que el secreto de todos los grandes triunfos está en esta palabra de una antigua divisa española: *Perseverando*. Napoleón acabará por demostrarnos que, al menos en política, es más seguro desatar que cortar, y, por consiguiente no importa lo mismo.

Respecto a Europa, y durante algunos meses, podemos considerarnos libres de todo género de conflicto creado por la guerra. En América, si hemos de juzgar por las noticias particulares que se reciben del Pacífico, tampoco ha de prolongarse mucho la cuestión que por medio de las armas ventilamos en la actualidad con algunas de sus repúblicas.

El bombardeo de Valparaíso, sobre el cual cada día tenemos nuevos e interesantes por-



menores, ha causado en Chile un efecto moral indescriptible. Bien fuese resultado de una absurda confianza, bien efecto de promesas aventuradas, que luego no han podido cumplirse, los chilenos así creían en que la escuadra española había de saludar sus poblaciones a balazos como en los milagros de Mahoma. La nueva del bombardeo ha caído como un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de los más ardientes en su odio contra España, y ha sido necesario para contener una pública manifestación de disgusto, poner en juego todos los recursos de un Gobierno y de una situación de cosas que fundan su existencia en la prolongación de la lucha.

Por el pronto, la escuadra chileno-peruana sigue escondida en el puerto de Huite, viendo, como suele decirse, los toros desde el andamio. Huite es un puerto que no tiene más entrada que un canal estrecho y peligroso, inaccesible a buques de alto porte y defendido naturalmente por los bajíos y rocas que dificultan su navegación. Pero a la prudente escuadra enemiga no le han parecido bastante estas defensas y *por si fortis* ha ocurrido a la seguridad personal de sus tripulaciones con las siguientes frioleras. A la boca del canal se ha colocado un fuerte con bate-

rías de cañones rayados de 120, más lejos un buque lleno de pólvora para hacerlo volar a la aproximación de nuestras fuerzas y por si la explosión del buque no diese resultado, aguardan un poco más allá dos de esas infernales máquinas submarinas, llamadas torpedos; con estos aprestos de defensa, cuya retaguardia forman varias cadenas tendidas, otro buque cargado de materias inflamables y un segundo y último fuerte con baterías de cañones de un calibre desmesurado, parece que el jefe de la escuadra enemiga se siente un poco tranquilo aguardando el fin de los sucesos. ¡Lástima de dinero empleado en semejante marina! ¿Y eran esos los bravos con que contaba la república chilena para el combate naval, que en un ridículo cartel de desafío propuso su presidente al señor Méndez Núñez?

No obstante, los más exaltados del partido de la guerra se agarran, como suele decirse, de un ascua ardiendo, y todavía fundan un resto de esperanza en el arribo de las fragatas *Huascar* e *Independencia*; pero estos buques a lo que parece no se dan gran prisa por llegar a su destino. Entretenidos en hacer fácil presa de pequeñas embarcaciones mercantes, entre las cuales ha habido alguna